

EL TORO

El personaje principal del drama reclama el primer lugar. El toro de carreras es una bestia. Nadie se ha atrevido a ordeñar una vaca "brava". Al igual que el macho, no se deja acercar y cargar a la primera provocación. Los terneros, incluso antes de que realmente se paren sobre sus piernas, dan el cabezazo. A las tres semanas de edad, si logramos separarlos de su madre, basta con avanzar su pierna hacia ellos para que la golpeen con su hueso frontal y se detengan solo cuando uno se aleja de su alcance. Finalmente, los toros adultos compiten en violentas peleas, de las cuales es común que uno de ellos salga herido e incluso muerto, si los guardianes (esp: *mayorales*) no logran separarlos a tiempo. Las granjas y, también, los *corrales* de las *plazas* están, por lo tanto, sujetos a una vigilancia constante.

Todos los zoólogos están de acuerdo en que el toro de carreras se origina en los uros del período neolítico, cuyas manadas se extendían desde Europa occidental hasta China. El hecho de que existiera en Egipto una raza de animales especialmente criados para el combate, sugiere a algunos autores que los árabes podrían haberlos introducido en España. Pero como ellos también descendían de los uros asiáticos, el problema del origen no cambiaría, en la medida en que esta opinión pudiera ser controlada.

Su procedencia explica el salvajismo innato de los toros españoles. Sin embargo, el animal actual es el resultado de una selección metódica destinada a mantener y desarrollar en él el instinto de lucha, de acuerdo con ciertas condiciones que se verán más adelante. Esta selección data del siglo XVIII y es estrictamente contemporánea -es curioso destacar- de la transformación taurina que abre la era moderna. Se hizo sobre la base de cuatro granjas famosas: Jirona, Cabrera, Vázquez, Vistahermosa. El primero fue el castellano; los otros tres andaluces. Con el tiempo, los andaluces eliminaron a los castellanos, así como a las razas locales de Salamanca y Navarra. Hoy el toro de Salamanca es del andaluz trasplantado. El navarro se encuentra en su estado puro solo en la Camarga francesa, o en la cría mexicana de Atenco. Y, entre los andaluces, los Vistahermosa han prevalecido totalmente sobre otras familias. Son sus sementales los que se han extendido por todas partes, renovando la sangre de granjas en España, Portugal, Perú, Venezuela, Colombia, Ecuador y México. A lo sumo, queda en España un quince por ciento de Vázquez y no en estado puro. Las más famosas, las Veragua, pasadas a Juan Pedro Domecq, fueron cruzadas con Lacorte (Vistahermosa) en 1937. Algunos todavía conservan el vestido ligero (esp: *jabonero*) característico de los Vázquez. Esta búsqueda de un tipo de toro, con las máximas cualidades para animar el juego de la plaza de toros, es el hecho de un grupo de criadores españoles (México tiene una institución similar y esto explica la calidad particular de sus toros). Monopoliza los rebaños de *casta*, estrictamente hablando: de raza de origen. La disciplina que mantiene siempre ha sido extremadamente severa, y hoy su autoridad se ve confirmada por su vinculación al Ministerio de Agricultura. Nadie puede comprar ganado valiente sin unirse a esta organización, aceptar su ley y sufrir sus sanciones por incumplimiento de las regulaciones comunes. Se ocupa de la asignación de los "hierros" y "lemas" que son la marca distintiva de cada granja, supervisa las

ventas de vacas y sementales y mantiene una especie de libro genealógico muy similar al que residía en la selección de pura sangre de hipódromos. Él puede, incluso, poner en la lista negra a las plazas que tratarían de eludir sus recetas. Junto a los animales de *casta*, hay animales que han conservado la *acometida*, es decir el instinto de la carga, pero se han domesticado gradualmente, porque su reproducción ha dejado de ser objeto de cuidados especiales. Comúnmente se les llama *moruchos*. En la región de Salamanca, no es raro ver vacas de este origen desatadas del arado, un domingo, para servir de diversión en la plaza pública y devueltas, al día siguiente, a su tarea de arado. Las dos funciones, cumplidas alternativamente, no parecen incompatibles, para gran sorpresa de los extranjeros no iniciados en estas prácticas locales. En Bolivia, el ex matador Torquito afirma haber visto, en el pasado, corridas de toros elegidos entre los toros criollos mestizos que los indios traían del campo con un cabestro y que se probaban en la plaza de toros, antes de la compra.

*
* *

El refinamiento de la raza, en el toro *casta*, es sensible tanto a lo físico como a lo moral. Hay, y esto es natural, una relación definida entre la presentación de la bestia y su valentía. Pezuñas engrosadas, cuernos grandes y blancos en sus puntas, una cola barriando, o casi, el suelo acompañado, por ejemplo, de un retorno más o menos marcado al *mansedumbre* o cobardía. Las dos degeneraciones de tipo e instinto siempre van de la mano. El toro de lidia es tan diferente del toro lechero como el caballo de carreras puede ser del Percheron. Es ligero, delgado de extremidades, todo músculo y tiene grasa sólo en su cruz (esp: *morrillo*). Su color suele ser negro ébano, pero puede ser gris (esp: *cardeño*), urraca (esp: *berrendo*) o pelajes más claros sin que el ganado implique una menor calidad. Las características morales, buscadas en el ganado de *casta*, son tres. El primero es la valentía. Con esto, nos referimos al hecho de que el animal carga ante cualquier provocación, ya sea que surja de una invasión en su tierra o de una simple llamada por parte del hombre en cualquier otro motivo. El toro bravo es especialmente apreciado por su forma de tomar la pala. Va recto, corre todo el camino, empuja con fuerza para tirar al jinete al suelo y se desvía de su agarre solo si se desvía en un *tranquilo* (acto del torero que toma el toro de un oponente sobre el que está persiguiendo). Derribar al caballo es una cuestión de fuerza en la bestia, no de valentía. Por otro lado, la resolución del toro debe ir progresando en cada reunión (Normalmente, el toro debe tomar sus picas en el mismo sector de la arena. Solo se le lleva a otro lugar si duda en recargar el picador en la primera ubicación). Los españoles dicen de él que *esto crece* con el castigo, es decir, que su combatividad aumenta con el castigo. Y el auténtico toro *casta* mantiene intacta su valentía hasta el final de la pelea. Es muy diferente con el animal temeroso y fugitivo que se llama buey o *manso*. Nótese, de paso, que en el idioma español *brava*, aplicado a una bestia, significa simplemente salvaje y *mansa*, doméstico. La segunda característica es la nobleza, también llamada suavidad. Designamos así la cualidad de un toro que, en el juego de capa o muleta, pasa bajando la cabeza pero sin dar un golpe de cuerno (esp: *cornear*) al azar, ya sea en la tela o en el vacío. Es de particular interés para el torero a pie y su arte, del que es una condición esencial. Su origen radica en un menor

nerviosismo de la bestia. En contraste con el toro noble o suave, está el *bronco* : un animal dominado por los nervios, que se preocupa hasta el punto de dejar que sus instintos fundamentales se desvanezcan, se detiene, luego se va de repente, se detiene a mitad de camino y da golpes de cuerno en todas las direcciones (*Bronco* en español tiene el significado de duro. En este sentido, decimos un *toro bronco*, una *bronca* de corrida. La palabra "bronca", aplicada a una manifestación pública, tiene el significado de una protesta violenta o ira de su parte). Estos defectos se acentúan durante la pelea y, si el matador no presta atención, el *bronco* acabará "averiado", según el argot de los profesionales. Recuerde de paso que el toro *casta*, como cualquier producto de raza pura, está extremadamente nervioso. Uno de los secretos de su manejo es no activarlo irrelevante. Esta es la razón por la cual los animales, antes de la carrera, se colocan en las celdas oscuras de la *toril*, protegidos por gruesos muros que detienen los ruidos del exterior. Uno piensa que está soñando cuando una de las primeras letras de Espagne de Prosper Mérimée dice que el toro es rociado con ácido pícrico antes de entrar en la arena. ¿Quizás fue una estratagema bastante increíble, excitar a un buey en un festival de pueblo? De hecho, lo contrario es importante. La tercera cualidad específica de la casta es *la alegría*. Literalmente, se traduciría como alegría. En este caso, se trata de una prontitud para responder a la llamada del hombre, incluso a una indicación tenue de la voz, y una forma de participar plenamente en el juego del torero, por su mayor brillantez. La antítesis del *animal alegre* es el *soso*, exactamente el soso. Pasa, casi como por obligación, con una indiferencia que le quita toda brillantez al trabajo del matador. Soso siempre es noble en esencia. Es un toro desprovisto de nervio, tanto como sea posible. Indistintamente, el *noble* puede tener una valentía limitada, y el *bravo* una dosis de nervio que le hace recurrir al *bronco*. Las tres cualidades no son estrictamente complementarias en los animales. Son el resultado de las selecciones y la atención que se les presta.

Por lo tanto, las pruebas (esp: *tienta*) se llevan a cabo en granjas. Se refieren casi exclusivamente a vacas y posibles sementales, ya que el toro destinado a las corridas de toros debe ser *limpio*, es decir, no haber sido sometido a ninguna prueba que pueda enseñarle a buscar al hombre bajo el señuelo. Es, por lo tanto, a través de los padres que el control tiene lugar. Para este propósito cada criador tiene una pequeña arena donde las vacas son liberadas, a su vez, alrededor de sus tres años. Un picador, armado con una pequeña pica penetrante y montado en un caballo fuertemente encabellado, mide su valentía. Durante esta primera vez, la capa se utilizará igual de necesaria para ayudar al picador a cumplir su misión. En un segundo paso, la vaca será abandonada a un torero profesional o aficionado que, al tolerarla con muleta, sacará a relucir su grado de nobleza. La *alegría* se ve con indiferencia en ambos momentos. El dueño toma nota meticulosamente de cada reacción importante de la bestia, y luego la lleva en su libro de cría. Las vacas dudosas son eliminadas sin piedad: su fracaso las vuelve a poner inmediatamente en el circuito de la carne. Los que hayan dado satisfacción, se repartirán entre los sementales en el momento de la cabalgata, que suele fijarse en mayo para que los terneros nazcan a finales de invierno. Cada semental cubre alrededor de cuarenta vacas en cuatro a cinco semanas, a razón de varios apareamientos por día. Inmediatamente nos daremos cuenta de la importancia que debe tener un rebaño para proporcionar un número modesto de corridas de toros. Una cría promedio da, por año,

alrededor de cincuenta toros. Ejemplos como el de Antonio Pérez Tabernero, de San Fernando, que batió todos los récords con ciento veinte y unos cuantos toros, son la excepción. Sin embargo, para asegurar una venta anual de cincuenta animales de cuatro años, será necesario tener en pasto:

Animales de 1 año: 50 terneros 60 novillas Animales de 2 años: 50 terneros

60 novillas de 3 años: 50 toros 30 vacas (50% eliminadas en la tiente) Animales de 4 años:

50 toros 30 vacas de 5 años: 30 vacas de 6 años: 30 vacas

bestia de 7 años :

20 vacas (eliminación de sacrificio)

Animales de 8 años: 10 vacas (eliminación de sacrificio)

Eso es casi quinientas cabezas de ganado, sin contar el margen que se debe tomar para hacer frente a la mortalidad por enfermedades, accidentes, duros inviernos para los recién nacidos o escasez de pastizales por sequía climática. Estas cifras explican el alto costo de la cría del toro de carreras, los espacios que implica, tanto más raro es encontrar que la cultura los reclama sucesivamente, los refuerzos de comida de heno o, de nuevo, avena cuando se preparan las corridas de toros de cuatro años. Extraen otra lección. Ciento veinte vacas de cuatro a ocho años darán a luz a unos ciento diez animales pequeños, de los cuales casi el sesenta por ciento serán hembras, y habrán sido cubiertas por solo dos o tres sementales. Esto demuestra la importancia decisiva de estos últimos y las precauciones que rodean su elección. A veces, para refrescar la sangre, los criadores los compran a un colega especialista en el campo, como es el famoso Conde de la Corte, un verdadero distribuidor de sementales en España y al otro lado del Atlántico. Pero, generalmente, proceden por selección. Una docena de toros de dos años, del tipo más bonito y procedentes de vacas con las mejores marcas de *agarre*, son probados en la pequeña arena. Son picados sin que se les muestre ninguna capa, para que puedan usar en las corridas de toros a los que no han sido retenidos. Las intervenciones de los hombres a pie se hacen, entonces, llamando a la voz y corriendo. El campeón, solo, será torado con la capa y la muleta y, si este evento no da completa satisfacción, comenzaremos de nuevo con otro. Los esfuerzos del criador tienden, mediante la combinación de las elecciones de vacas y sementales, a preservar la valentía del ganado, al tiempo que eliminan el nervio para hacerlo *suave*. Ampliamente practicada hoy en día, para cumplir con los requisitos del toreo moderno que requiere un oponente fácil, esta operación es delicada. Un error en la dosis, incluso mala suerte, y la valentía se retrae: volvemos a caer en el *manso* o el medio buey. Entonces es necesario reinyectar el nervio. Además, es un poco como la cría, así como los grand crus: el valor de sus productos está obligado a variar de un año a otro y no solo para su conjunto, sino en cada caso particular. A decir verdad, el aficionado que quiere identificarse con ella está en peor lugar que el amante del vino. El nombre de una *gran ganadería* nunca es una garantía, si uno no sigue sus cruces o su selección, algo difícil porque su dueño rodea el mayor secreto de las operaciones en las que se dedica. Bastó con que las repercusiones de la Guerra Civil Española (matanza en

ocasiones) hicieran desaparecer la vieja sangre de Saltillo de los animales que aún se corren bajo el prestigioso nombre de Don Félix Moreno Ardanuy. La Concha y Sierra, a pesar de los esfuerzos recientes, aún no se ha recuperado del *mansedumbre* donde la famosa viuda del mismo nombre los decepcionó. Antonio Pérez Tabernero, a fuerza de querer satisfacer a algunos toreros modernos, ha suavizado sus toros suavizando, por decir lo menos. Eduardo Miura, de tan trágica memoria, siguió el mismo camino sin mucha más fortuna. Otra dificultad es la reventa constante de granjas a nuevos propietarios o, incluso, su división. Pocas personas ignoran que los Murube continúan su brillante carrera bajo el nombre de Antonio Urquijo. Pero cuántos se pierden en la ruptura de Villamarta en Carlos Núñez, Clemente Tassara y Ramos Pablo, o en la de Santa Coloma en Felipe Bartolomé y Joaquín Buendía, o en la de Graciliano Pérez Tabernero en Escobar y Castillo de Higares mientras Graciliano, él mismo, hizo una nueva selección y una gran clase con algunas vacas y un semental que había guardado. De hecho, solo las *ganaderías españolas* pasaron de 94 en 1900 a 200 en 1950. Una última complicación viene del hecho de que dentro de una misma finca las novilladas pueden ser convenientes -según la expresión de los toreros- y las corridas de toros difíciles, tanto, que en este salto de tres a cuatro años, los toros pueden acusar de sus características originales. Es el caso del salmantino Manolo Arranz, cuyo ganado tiene mucho nervio, pero no lo muestra hasta los cuatro años. Fue capaz de proporcionar las novilladas más nobles sin llegar a conseguir, o casi, que sus corridas de toros fueran broncas. Esta es la principal explicación de la irregularidad, extremadamente decepcionante, es cierto, de los espectáculos taurinos. Dentro de una corrida de toros proporcionada por el mismo criador, también se acusa esta irregularidad de un animal a otro, según la ascendencia, siempre variable, de cada uno. El público en general, a veces, ha juzgado demasiado rápido el resultado artístico de un día, independientemente de los oponentes opuestos al hombre. El torero propone, por supuesto, pero, al final, el toro tiene... Si uno no puede excusar a un matador por no aprovecharse de una bestia de calidad, el mejor artista, hay que admitirlo, necesariamente decepcionará con un animal que se presta mal a su juego, no pasa, da golpes de cuerno o reservas. A menudo los toreros, que parecían los mejores, son simplemente los que mejor han sido atendidos en la distribución del ganado.

*

* *

Todo el arte de tolerar, si lo piensas, está estrechamente ligado a una y la misma acción del toro: su carga. A partir de entonces el primero pasa al estocado final, tanto a las espadas como a las banderillas y la muleta, aprovechamos plenamente el impulso de la bestia (más atenuado en el momento del estocado, es cierto, pero sigue siendo imprescindible). Sin cargo, no hay toreo. Se nos devuelve, se podría decir, al caso banal de la vaca normanda. Las *suertes* (La palabra designa cualquier figura del juego del hombre con la bestia: al capo, la muleta, la pala, las banderillas, la espada) donde el toro no pasa, ya sea que sea atraído por el frente, o

que uno barre los cuernos con la tela, o finalmente que esté *descabelado*, son solo remedios. Ya no son demandantes, estrictamente hablando. Es, por tanto, el estilo de la carga torera que es importante que el torero conozca bien y siga en sus posibles modificaciones. Desde el principio, o casi, la valiente bestia persigue al hombre, llega a la barrera y pone el cuerno en la madera. Por el contrario, el *manso* frena sobre sus patas delanteras al acercarse cualquier obstáculo, como si tuviera miedo de acercarse a él, luego, según su grado de cobardía más o menos acentuado, huele el suelo, rasca la arena, brama, retrocede o huye delante del primer manto que se le entrega y deja un pequeño trote, llamado en español trote de cerdo (*trote cochintero*). En su salida, la carga puede ser espontánea (toro *alegre*) o retardada (toro *tardo*). A veces debe ser "arrancado" de la bestia caminando sobre ella (toro *reservado*).

En su ritmo, puede ser abrupto (toro *bronco*) o progresivo (toro *de buena embestida*). En su extensión, puede ser largo (toro de arrancada *larga*) y permitir mucho juego, o corto (toro *de arrancada carta*) e ir agotador, lo que obliga al hombre a colocarse cada vez más cerca para que el animal no se detenga en medio del paso. En su curso, el toro puede mantener la cabeza en alto o bajarla (*humillar*), no soplar el cuerno (*toto noble*) o simplemente hacerlo desde la punta (*puntear*) o patear hacia un lado (cornear) o darlo desde arriba (*derrotar por alto*).). Suele golpear con el mismo cuerno, por lo que en una sola dirección, pero también sucede que utiliza sucesivamente ambos (toro *descompuesto*). Al final de la carga, el toro puede ir recto (toro de *embestida*) y, además, pegarse al hombre en un lado específico (ceñirse o *colarse*), sesgar (*cortar el terreno*), o buscar al torero bajo el señuelo (toro *avisado* o *sentido*). Después de la carga, la bestia puede escapar (toro *huido*), o regresar sola, lo que es un signo de perfecta combatividad, o darse la vuelta con un exceso de temperamento (toro *revoltoso*).

Una indicación importante es también la fuerza que el animal no solo aporta en su impulso, sino que retiene de una carga a otra, lo que lo hace declarar *muchas piernas* (patas fuertes) o *flojo* (débil).

Finalmente, el ataque del toro puede verse afectado por consideraciones extraídas de su vista. Es largo, comenzará desde lejos. Si es corto, lo hará a una distancia cercana del hombre. Si resulta ser tuerto, debe abordarse desde el lado del ojo muerto, para indicar siempre su salida en dirección al ojo vivo.

Todos estos datos son cruciales para la dirección del combate. Dictan al hombre la elección precisa de su posición, las precauciones personales que deben observarse, los medios que deben usarse para no desarrollar las características molestas de la bestia y tender, por el contrario, a reducirlas. Además, detrás de su *burladero* o refugio de tablones fijados contra la barrera, el matador observará cuidadosamente la entrada de su oponente en la arena y, sobre todo, sus primeros asaltos contra los hombres de su *cuadrilla*. Una vez formada su opinión, y tarda poco más de un minuto, comprueba su exactitud en la verónica (Pases de capas, bautizada tras el gesto bíblico de Santa *Verónica* presentando un paño en el rostro del Señor con el que se detiene el primer impulso del toro) que se da a sí mismo. Entonces de bastante a *bastante* (recordemos que estos son los pasos de capa con los que desviamos el toro del picador) sigue la transformación del toro bajo el efecto de las picas, ya sea que mejora (esp: ir a

mas), o que disminuye el tono (esp: *ir a menos*), o se vuelve más pesado (esp: *quedarse*) aquí. El único recurso que le quedaría al hombre sería avanzar la tela bajo el hocico del animal y atraerlo centímetro a centímetro (ESP: *tirar del toro*). Cuando una buena *espada* (otra palabra española para matador) se retira a la barrera, durante la instalación de las banderillas, sabe exactamente – a menos que haya un error u omisión – la *faena* (u obra) de muleta (La muleta es una tela de franela roja, de menor proporción que la capa, pero montada sobre una *muleta* de madera. El matador lo toma cuando va a enfrentarse solo al toro para matarlo. Utilizable tan pronto como la bestia ha acertado la longitud de sus cargas, le da al hombre más precisión en su juego). que él será capaz de hacer. Él sabe si usar pases hacia abajo o de castigo (llamados así porque esencialmente obligan al toro a girar un radio más corto que su columna vertebral y romperlo) en caso de que la bestia haya mantenido un exceso de fuerza, pase mal o dé cabezazos desordenados. Sabe, en el caso contrario, de qué lado pasa mejor y, en consecuencia, con qué mano, derecha o izquierda, debe tolerar preferentemente. Él sabe dónde pararse y cómo dominar. Conoce aproximadamente el número de cargos que tiene derecho a esperar del personaje del animal y decide, según él, el número de pases posibles, para no excederlo a pesar de las exhortaciones de los espectadores que le pedirían que continuara el juego. Conoce las *plantas* que puede arriesgar: caricia de cuernos, arrodillado, *telefono* (nombre dado al codo en la frente del toro, puesto de moda por el mexicano Carlos Arruza). Conoce, finalmente, qué dificultades ofrecerá el toro en el momento de la estocada (cuerno co arriba a la derecha, es decir, a la salida natural del matador, cabeza demasiado alta o demasiado baja...) y la forma de trabajar para mitigarlas (El golpe de cuerno a la derecha se corrige tolerando sistemáticamente a la izquierda. La cabeza se eleva por pases altos o baja por pases bajos). La aplicación de estos datos será para él sólo una cuestión de voluntad y suerte. Si no duda -como dicen los profesionales- y se cuida de despedir a todos sus compañeros, cuya presencia a su lado podría distraer a la bestia, se entregará a él. De lo contrario, escapará de su control y lo obligará a una simple acción defensiva.

Sería erróneo creer que este conocimiento de su oponente es el único hecho del torero. El público real de las carreras de toros, el público habitual, el de los aficionados, hace las mismas observaciones. Su reacción normal es similar a la de un jurado de solteros. El toro, fuera del toril, es la pregunta sorteada por sorteo. El torero, la persona examinada. Si ha leído mal la declaración del problema, no sabemos cómo resolverlo, lo reconocemos, es decir, lo despreciamos. De lo contrario, lo aprobamos, lo aplaudimos con la íntima satisfacción de haberse visto claramente a uno mismo: el alumno ha dado razón al profesor. A veces, como en cualquier examen, surge lo inesperado. Un candidato aporta soluciones más sencillas y una elegancia que el jurado no había pensado. Así pues, este es el gran caso, Joselito, Belmonte, Manolete... ¡Y el público, asombrado por la revelación, rebosa entusiasmo!

*

* *

Tan salvaje como es el toro de lidia, no es totalmente resistente a cierta domesticación. Estos son, sin embargo, intentos difíciles de tener éxito y muy raramente vistos. El ejemplo más llamativo es el del toro "Civilon". Un *novillero* retirado prematuramente de la profesión, Isidro Álvarez, fue empleado en la cría de Juan Cobaleda de la provincia de Salamanca. Habiendo notado a un macho joven particularmente noble, se divirtió dándole a pastar, desde la parte superior de su caballo, ramas de roble cargadas de bellotas, de las cuales las bestias con adorno son muy aficionadas. Con el tiempo, se bajó de su caballo, ofreció las bellotas con los brazos extendidos, luego acortó las distancias y finalmente acarició "Civilon" - ese era su nombre- debajo del cuello. Al parecer, este es el punto de mayor sensibilidad del animal, detalle que vale la pena dar a aquellos que estarían tentados a repetir el experimento. Muchos artículos, acompañados de fotos obviamente bastante sorprendentes, aparecieron en la prensa. La historia de "Civilon" recorrió así España. Pedro Balaña, el empresario de Barcelona, pensó en la primavera de 1936 que sería una forma de llenar su plaza de toros para incluirla en una corrida de toros. Su cálculo resultó ser correcto. Todos querían ver si el toro domesticado había perdido o no su valentía. De hecho, no la había perdido. Después de unos verónicos de Luis Gómez El Estudiante, tomó, golpe tras golpe, dos buenas picas. Hecha esta manifestación, el público pidió el perdón de "Civilon", que fue concedido inmediatamente. Entonces, Balaña le dijo a Isidro, que seguía la carrera detrás de la barrera: - salta a la arena y acarícialo. Te doy dos mil pesetas, si lo haces. Sin duda, y especialmente en su momento, esta suma fue bienvenida en la cartera de Isidro, ya que con un temor que luego confesó haber sido el mayor temor de su vida, decidió saltar y llamó a "Civilon" entregándole un puñado de heno. El animal, a pesar de la violenta pelea por la que había pasado, lo reconoció y llegó a frotarse contra él como un perro grande. Participando de la emoción general, Juan Cobaleda compró su toro en Balaña para devolverlo a la cría. Pero las heridas, dejadas por las picas, tuvieron que ser curadas antes de emprender el viaje. Por lo tanto, se decidió que permanecería en los corrales de Barcelona, el tiempo necesario para su recuperación. Esto sucedió el 18 de julio de 1936, fecha del estallido de la Guerra Civil Española. Una noche, los milicianos dispararon a "Civilon" con un rifle para comérselo. Su extrema nobleza lo había salvado, pero su peso de carne lo perdió. ¡Triste contradicción de su destino como una bestia buena!